

JEAN-BAPTISTE BOTUL

SEX

La vida sexual de Immanuel Kant
Con un ensayo de Alexandra Makowiale

Filosofía una vez



ARENA LIBROS

Traducción de Juan Francisco Megías

©Librairie Arthème Fayard, 2000

©Arena Libros s.l., 2004

Madrid

arenalibros@arenalibros.com

COLECCIÓN Y DE LA PORTADA: EDUARDO ESTRADA.

ARENA LIBROS

ISBN: 84-95897-24-5

DEPÓSITO LEGAL: M-43843-2004

IMPRESO EN GRÁFICAS PEDRAZA TELS. 91 542 3817 / 9155901 20 PZA. DE LOS MOSTENSES, 1 - BAJO
28015 M/\DRJD

LA edición de esta obra se beneficia del apoyo del Ministerio FRANCÉS de Asuntos Exteriores y del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España, en el marco del programa de Participación en la Publicación (P.A.P. "García Lorca")

Frédéric Pagès

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN FRANCESA

Jean-Baptiste Botul

LA VIDA SEXUAL DE IMMANUEL KANT

Primera charla.

AMAR KONIGSBERG

Segunda charla.

MARIE-CHARLOTTE

Tercera charla.

¿DEBE EL FILOSOFO TOMAR MUJER?

Cuarta charla.

LA CABEZA LLENA DE GRILLOS

Quinta charla.

SUDOR, SALIVA, ESPERMA

Sexta charla.

LA COSA EN SÍ AL DESNUDO

Séptima charla.

COITO ERGO SUM

Octava charla.

EL DIA Y LA NOCHE

Alexandra Makowiak

KANT TRAVESTI

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN FRANCESA ¹

El texto que por vez primera se presenta al público francés forma parte de las últimas obras de Jean-Baptiste Botul, del periodo posterior a 1937 del que tan poco se sabe.

Se trata de un ciclo de cinco conferencias que J.-B. B. pronunció en Paraguay en mayo de 1946, probablemente entre el día 10 y el día 15, un año antes de su muerte. Las circunstancias de este acontecimiento pueden calificarse como extraordinarias, pues el público de Botul estaba compuesto en su totalidad por emigrados alemanes que habían fundado una colonia llamada Nueva Königsberg; admiradores de Kant que vivían a la manera del filósofo de Königsberg. En su mayoría provenían de esta ciudad, de la que habían huido en mayo de 1945 bajo un diluvio de fuego cuando el Ejército Rojo conquistara la capital de la antigua Prusia oriental para fundar Kaliningrado. Tras un periplo, a la par trágico t rocambolésco, del que puede lamentarse que no haya suscitado el interés de ningún historiador, un centenar de estas familias halló refugio en Paraguay, fundando la colonia medio siglo y medio después de la muerte del filósofo.

¹ Esta *Presentación*, a cargo de Frédéric Pagés, encabeza la edición francesa del texto, publicada en 2001 por la Editions Mille et une Nuits, (N, del T.)

De acuerdo con los testimonios de los raros visitantes de Nueva Königsberg, aquellos alemanes se vestían como Kant, comían y dormían como él y, cada mediodía, repetían su legendaria caminata por las calles de Königsberg. Fue, posiblemente durante su estancia en Argentina cuando Botul tuvo noticia de esa comunidad trascendental¹. Se desconoce cómo fueron acogidas las revelaciones de Botul en lo concerniente a la vida sexual de Kant entre estos curiosos emigrados a los que, en ocasiones, se ha llegado a calificar de *integristas kantianos*.

¿Pudo concluir Botul su ciclo de conferencias? El tema resultaba crucial para la supervivencia de Nueva Königsberg. Para decirlo sencillamente: si Kant hubiera vivido en la más absoluta castidad, toda comunidad neokantiana que hubiera decidido imponerse tal regla de abstinencia, se habría encontrado condenada a la desaparición por extinción natural. Por otra parte, si el conferenciante revelaba la existencia de una vida sexual kantiana, podría empañar la leyenda dorada del maestro y verse acusado de revisionismo. Botul aceptó con valentía enfrentarse con semejante dilema. Al margen de su eventual auditorio, su mayor preocupación se centraba en Francia y, más concretamente, en la Sorbona. Y no sin motivo. Los pocos universitarios que tuvieron acceso al texto no disimularon su sorpresa y su desaprobación. Así, Víctor Delbos, profesor de la Sorbona y reputado especialista en Kant, decidió romper toda relación con su antiguo alumno, al que acusó en una misiva de *ensuciar la reputación de uno de los más grandes genios de la humanidad*.

Es verdad que, por aquel entonces, el neokantismo no solo estaba muy extendido, sino que incluso dominaba en la Sorbona. Ni marxismo ni existencialismo ni Heidegger ni el psicoanálisis disfrutaba aún de derecho de ciudadanía en la facultad de Filosofía. Kant

¹ Acerca de su periodo argentino, véase F. Pagés. *Sur un fragment de J.-B. Botul. Édition Pluriel*, 1998. Sobre la vida de Jean-Baptiste, consultar los elementos biográficos.

proporcionaba una estructura ideal de pensamiento, un punto de convergencia para las distintas tendencias del racionalismo republicano y laico. *He puesto mi mano sobre un gigante del pensamiento que, al desequilibrarse, me ha aplastado bajo sus pies*, se lamentaba Botul a su amigo Fernande B. en una carta, en la que, para convencerle de la importancia de sus investigaciones añadía: *Para mí, la vida sexual de Kant es uno de los grandes interrogantes de la metafísica occidental*. A idéntico corresponsal confiaría años más tarde cómo *la sexualidad de Kant es la vía directa que conduce al conocimiento del kantismo* y que tal aproximación le había permitido leer la *Crítica de la razón pura* como *drama y autobiografía*. Hay que lamentar que la Universidad no haya hecho mucho caso de esta novedosa lectura que revoluciona nuestra visión del kantismo, relegando a Botul a un silencio indigno que es tiempo ya de romper. Pero ésa es otra historia que se refiere a la supresión del botulismo de la filosofía contemporánea.²

*

* *

Es hora ya de dejar al lector ante este texto perturbador. La capacidad de análisis y la audacia teórica de Botul se manifiestan aquí en toda su genialidad. Creían los antiguos, que las personalidades más importantes quedaban inmortalizadas en forma de astro para brillar eternamente. Gracias a Botul puede decirse lo mismo del filósofo de Königsberg, con la salvedad de que, tras la lectura de esta *Vida sexual*, hay que imaginar al astro kantiano no tanto con el aspecto de un sol, sino con el de un angustioso agujero negro.

Frédéric Pagès

1 Carta del primero de Mayo de 1932

2 El botulismo -en sentido filosófico- ha tenido que sufrir durante mucho tiempo la homonimia con el botulismo en sentido médico- grave afección provocada por el germen *botulus* (en latín, *botulus*, morcilla) presente en los embutidos en mal estado.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN Y LA TRADUCCIÓN (FRANCESAS)¹

Estas conferencias fueron escritas y pronunciadas en la lengua de los habitantes de Nueva Königsberg, es decir, en alemán. El texto fue inmediatamente traducido al español y, más tarde, al inglés, aunque estas versiones no han sido, a día de hoy, recuperadas. En realidad, hay que hablar de dos *textos príncipe*. La primera versión, conocida como *argentina* o *Ur-Botul* fue redactada antes de que se pronunciara la conferencia, probablemente en Buenos Aires. La segunda versión, *paraguaya*, contiene el texto efectivamente pronunciado, transcrito por la esposa del Dr. Borowski. Existen notables diferencias entre ambas versiones. Nos hemos decidido por ofrecer la versión argentina, indicando los pasajes voluntariamente suprimidos por el orador. En el caso de que falten palabras o incluso frases completas, el fragmento vendrá señalado [...] Hemos mantenido ciertos giros familiares para reflejar mejor el carácter vivo de la exposición oral.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos vivamente a la Asociación de Amigos de Jean-Baptiste Botul que se nos haya permitido consultar, en profundidad, los archivos del filósofo.

¹ Esta *nota* y los posteriores *agradecimientos* figuran igualmente en la edición francesa. (N. del T)

LA VIDA SEXUAL
DE
IMMANUEL KANT
Jean-Baptiste Botul

*Aquel que prometa a la humanidad liberarla de los desafíos del
sexo será considerado un héroe*

Freud, *Carta a Ernest Jones*

Primera charla

AMAR KÖNIGSBERG

Señoras y señores,

he de confesar que, cuando el Dr. Borowski me concedió el honor de invitarme a su comunidad, dudé durante largo tiempo. No soy un especialista en Kant. Su inmensa obra me intimida como la jungla ante la que uno vacila en adentrarse. Algunos que por allí se aventuraron no han sido vistos nunca más. *(Risas en la sala.)* Mis escrúpulos se acrecentaban ya que, al aceptar hablar sobre la vida sexual de Immanuel Kant, era consciente de estar cometiendo un cierto sacrilegio. ¡Qué incongruencia! ¡La vida íntima de un filósofo! Estas cuestiones biográficas están mal vistas; y es natural, cuando lo que se pretende de manera estúpida es explicar la obra de un pensador a partir de su existencia. Pero éste no es mi objetivo. En consecuencia, ¿tiene la vida de un filósofo el menor interés para la filosofía? Mis maestros de la Sorbona responderían unánimemente: *¡No!* Así me educaron.

Mientras preparaba disertación, lo más profundo de mi conciencia escuchaba una voz que me advertía en tono de reproche: *¿Cómo te atreves a hablar de la vida sexual de Immanuel Kant? ¿Cómo puedes dedicarle semejante esfuerzo?*

Sin embargo, impulsado por una fuerza oscura, acepté su invitación, y me dispuse a leer todas las obras -por otra parte, no muy numerosas- sobre la vida del sabio de Königsberg, llegando a la sorprendente conclusión que ahora quisiera exponerles. Pero antes, me gustaría precisar que por muy arduas o chocantes que puedan resultar mis conclusiones, en nada empecen el respeto, me atrevo a decir, la veneración que siento por Immanuel Kant, que permanece para mí como el modelo inigualado del filósofo. Lejos de constituir un asunto anecdótico u obscuro, la sexualidad de Kant es la senda directa que nos conduce a la comprensión del kantismo.

Pero accedamos ahora a la vida del hombre pues, como dijo el poeta, *la tarde cae y el gran jaguar blanco se desliza por nuestros sueños.*¹

*

* *

Para muchos, la imagen de Kant es la de un *père tranquille** de la filosofía. Es conocida la regularidad en el empleo de su tiempo y la banalidad de su sedentaria vida. Apenas se alejó de su apacible villa de Königsberg, algo increíble en una época en la que todos los grandes filósofos –Voltaire, Rousseau, Diderot, Hume- fueron grandes viajeros, europeos con curiosidad por su continente. Kant permaneció en Königsberg. Allí nació, allí murió y allí trabajó, Las más importantes universidades alemanas de su tiempo - Halle, Jena, Erlangen, Mittau- le ofrecieron sus cátedras, pero Kant siempre rehusó. Tenía sus costumbres. Tras cada amanecer, despertado por su criado Lampe cinco minutos antes que las cinco, se sentaba ante su mesa a las cinco en punto, bebía una o dos tazas de té, fumaba una pipa y preparaba las clases que impartiría durante toda la

¹ El autor de este verso, probablemente un poeta sudamericano no ha podido ser identificado.

* En la edición francesa se indica en nota que esta expresión figura en francés en el original alemán. (N. del T.)

mañana hasta la una menos cuarto. Bebía entonces su vaso de vino de Hungría y se sentaba a comer a la una. Después de su almuerzo, paseaba hasta el castillo de Friedrischburg siguiendo siempre idéntico camino, bautizado por las gentes del lugar como el camino del filósofo. Se podía saber la hora exacta sin necesidad de campanas; ahí estaba Kant. A las seis, después de haber leído los periódicos, volvía al trabajo en su estudio, donde mantenía constante una temperatura de quince grados, sentándose de manera que podía tener a la vista las torres del viejo castillo. Sus meditaciones resultarían trastocadas cuando el crecimiento de los árboles le impidió disfrutar de tal vista. Hacia las diez, un cuarto de hora después de haber puesto fin a sus reflexiones, pasaba a su habitación, donde las ventanas permanecían cerradas durante todo el año, se desvestía y se acostaba en su cama, llevando a cabo toda una serie de muy particulares gestos que le permitirían mantenerse perfectamente tapado durante toda la noche. Cuando las necesidades urinarias le obligaban a levantarse, se guiaba mediante un cordel que extendía entre su cama y el baño con el fin de no tropezar en la oscuridad.

En pleno Siglo de las Luces, en medio de una Europa en ebullición, en plena Revolución Francesa tan celebrada por él mismo, se mantuvo anclado en esa ciudad a orillas del Báltico. Nunca viajó por Italia, contrariamente a la tradición alemana del *gran viaje* (*Kavaliertour*) que representara en el siglo XVIII Wickelmann, contemporáneo de Kant, prusiano como él, sin olvidar, una generación más tarde, al gran Goethe.

Kant se limita al *pequeño viaje* entre su casa y su campanario. Esta vida sin relieve, sin alteración aparente, concierne al aspecto más íntimo del hombre Kant. Nunca se enamoró, permaneció soltero toda su vida, careció de amante o de esposa. Forma parte del grupo de grandes hombres, como Newton o Robespierre, a los que la carne femenina dejaba siempre de mármol. Incorruptibles. Asexuados...

La ausencia de mujeres en casa de Kant era absoluta; ni tan siquiera una sirvienta. Un criado sí, el fiel Lampe, al que despediría más tarde, se cuenta, cuando éste decidió casarse ... Electrón solitario, Kant no frecuentaba a sus numerosos hermanos (de los nueve hijos del artesano guarnicionero, Johann-Georg Kant, y su mujer, Anna-Regina,

cinco alcanzaron la edad adulta). Tampoco a su hermano Johann-Heinrich que era pastor, y le enviaba calurosas misivas.

Digámoslo francamente, Kant es un pésimo cliente para biógrafos y amantes de la aventura. A diferencia de Pitágoras cuya leyenda pretende que habría vivido veinte vidas enteras, Kant parece haber vivido una sola, si llega.

En todo caso, no comparto la opinión de aquellos que ven en su monótona existencia una retracción del filósofo. Querría mostrarles cómo tras esta búsqueda, cultivada banalidad hay algo consustancial a la filosofía de Kant y a la filosofía en general. Pretendo aclararles por qué el celibato, lejos de ser una circunstancia contingente, forma parte de la esencia misma de la filosofía.

Esta tesis puede sorprender en la actualidad., Sin embargo, nunca se valorará lo suficiente la sabiduría del filósofo que renunció a compartir su vida con una mujer. Podemos cuestionar el sistema kantiano, podemos mofarnos del personaje pero existe un aspecto acerca del cual Immanuel Kant no puede sino suscitar admiración: su celibato. Todas sus tesis son discutibles salvo una: el filósofo digno de tal nombre no toma mujer.

En cuanto a su vida sexual, yo les pediría que abandonaran todo prejuicio, que no la consideraran con precipitación, e, Incluso, que se abstuvieran de juzgarla en la medida de lo posible. Les rogaría que adoptaran la actitud que preconizara Spinoza en su *Tratado político: No llorar ni reír, sino comprender.*

*

* *

No vivió Kant como un ermitaño al margen de su ciudad y de su tiempo, Debemos evitar imaginarlo como enemigo de la vida mundana, recluso en su torre de marfil. Sospecho que sus biógrafos han tendido a *ahormar* su existencia; a vitrificar al personaje para ocultar así las asperezas y las tachas, y erigir ante la historia un Kant envejeciendo y obsesionado. Sin embargo, este hombre tuvo una vida antes de alcanzar la celebridad, es decir, antes de alcanzar los sesenta años. Cuando aún no era sino *Magister*, frecuentaba los albergues y jugaba al billar, en ocasiones hasta bien entrada la noche, Al convertirse en profesor titular, pudo comprar una casa y hacerse con un sirviente, y se complacía recibiendo invitados durante almuerzos que se prolongaban a lo largo de la tarde. Kant salía gustosamente y se dejaba invitar por la mejor sociedad de Königsberg que apreciaba a aquel *amable compañero*, como le calificara un testigo de la época: *Es el anciano más atento, el más divertido; un verdadero bon vivant en el sentido más noble. Digiere los platos más pesados tan bien, como el público digiere malla filosofía que les da a leer*¹. Durante las comidas en casa del conde y la condesa de Keyserling, donde trabajaba como preceptor durante su juventud, Kant ocupaba por derecho propio el lugar de honor pues, como comentara un testigo, era el que mantenía *casi siempre el fuego de la conversación*. Kant podía hablar sobre cualquier asunto. Por otra parte, se le consultaba sobre cualquier tema. En 1774, un sabio físico encargado por las autoridades de la ciudad de instalar primer pararrayos de Königsberg sobre el campanario de la iglesia Haberberger, se dirigió a nuestro filósofo para conocer su opinión. ¡Kant, el experto en flechazos!*

¹ J.H.L. Meierotto, citado I.Brunn, *Vie de Meierotto*. Berlín, 1802. Otro testimonio de Johann Bernouilli, extraído del tomo III de sus *Voyages*, del día primero de julio de 1778 (Kant contaba entonces con cincuenta y cuatro años): *Este célebre filósofo es, en persona, un hombre tan vivo, tan amable y de un comportamiento tan refinado, que no se adivina fácilmente, en su caso, al espíritu que reflexiona en profundidad*.

* Aquí hay un juego de palabras intraducible. En el texto se lee literalmente: *Kant, conseiller en coups de foudre!* Donde se juega con el sentido de *foudre* como *rayo, relámpago*; y al tiempo, *de coup de foudre* como *flechazo, enamoramiento*. (N. del T)

*

* *

Existe una razón muy sencilla, y de la que se habla muy poco, por la cual no habría querido Kant abandonar Königsberg: allí tenía su sustento. Cabría quizás imaginar a nuestro filósofo como universitario bien retribuido, al amparo de toda necesidad, semi-funcionario. ¡Grave error de perspectiva! ¡Flagrante anacronismo!

Kant percibía de la autoridad real un menguado peculio como vice bibliotecario. Pero como docente se estableció por su cuenta como trabajador independiente, con todos los inconvenientes que eso supone. Lo esencial de sus ingresos lo constituían los honorarios que le proporcionaban sus alumnos. Si no había clientes, no había dinero. Kant permanecía tributario del antiguo sistema medieval en el que los universitarios recibían el pago de los alumnos. Nada que ver con nuestra moderna universidad; ni tan siquiera con aquella de Berlín que, por el 1830, aseguró la carrera y la estabilidad del profesor Hegel. Kant ejercía la filosofía como profesión liberal, como un médico o un abogado. Para recibir a sus clientes necesitaba una sala apropiada. Por esta razón, Kant no descansó hasta que tuvo su propia casa con un auditorio acondicionado en el piso principal, recinto esencial y centro de la vida kantiana que además de ser instrumento de trabajo podía ser alquilado.

Pueden suscitar burla, es verdad, las quejas de nuestro filósofo por los ruidos de los vecinos, En especial, cuando éstos se ponían a cantar, como hacían los presos cuyas melopeas, no precisamente armónicas, escapaban por los ventanucos de las celdas. El caso es que Kant se dirigió a la municipalidad para que pusiera fin a tal situación... ¡Presos que cantan...!

Kant trabajaba en casa. Debía preparar y dar sus clases tranquilamente, lejos del ruido. Su domicilio era una pequeña empresa con dos trabajadores: él mismo y su criado, Lampe. Su clientela se componía de jóvenes y maduros estudiantes. En su programa, todo tipo de materias: geografía, poesía, artillería, astronomía. Se olvida demasiado a menudo que la filosofía no constituía su principal enseñanza. Es absurdo convertir a

Kant en el primer profesor de filosofía. Kant no es el primer filósofo moderno, sino el último del Antiguo Régimen. Escribía sus textos de filosofía antes o después del trabajo, como una terapia o una devoradora pasión. Durante largo tiempo fue considerado por los mandarines de la universidad como un filósofo amateur. Cuando, tardíamente, le llegó la gloria, Kant continuó encarnando al conocedor enciclopédico. Con setenta y cinco años, alcanzando el límite de sus fuerzas, continuaba con sus clases. Carecía de pensión de jubilación.

¡Menudo trabajo! La vida no era fácil. Algunos estudiantes no pagaban. Otros, sin recursos, recomendados por amigos, debían ser admitidos gratuitamente.

Como un campesino encadenado a sus cultivos durante todo el año, Kant no disfrutaba de vacaciones. Modesto hijo de artesano, miembro de una numerosa familia, aquella vida intelectual constituía por sí misma un verdadero logro. ¡Cómo pretender que hubiera ido a distraerse a París o Venecia! ¡Cómo imaginar que se hubiera casado! ¡Que hubiera multiplicado las clases para alimentar a unos niños que gritarían y brincarían por los pasillos mientras que en el auditorio, con su voz aflautada apenas audible, Kant se esforzaba por mantener a sus clientes rusos o prusianos...!

*

* *

Kant no se alejó más allá de Pillau, a cuarenta kilómetros de Königsberg por mar. Y para colmo se mareó. Jamás visitó Riga, centro intelectual en donde vivía Hartknoch, su editor, a menos de cuatrocientos kilómetros de Königsberg. Si hubiera estado allí el trece de septiembre de 1773 habría conocido a Diderot que, camino de San Petersburgo, realizó una parada. Extenuado tras varias jornadas de carruaje, el filósofo francés se permitió, si no el reposo del guerrero, al menos el del viajero en los brazos de una odalisca. Esta mujer le inspiraría un poema libertino titulado *La sirvienta del Albergue de la Pezuña Hendida*:

Es bonita, muy bonita,

La locura de todo Riga es

La sirvienta del Pezuña Hendida.

Por un óbolo* *le quité un día su mantilla.*

Por dos tostones**... *por estos dos tostones...*

-Y bien, ¿qué hiciste? - ... *le toqué una teta.*

Por un ecu***... *por un ecu de los tuyos...*

¿Qué hiciste después?... - ... *después le vi el culo.*

-Y por dos ecus, ¿qué hiciste?

-*Le toque El coño y me la follé.*

Y así, con tres ecus, dos tostones y un óbolo,

Tuve una teta, un culo, un coño y una sífilis.

Y todo al tiempo, considerad esto bien,

Porque su patrón, esforzado galán,

Gastando diez veces mi suma

Y seis meses de suspiros

Se tuvo que conformar tan sólo con lo último.¹

* Antigua moneda francesa de escaso valor (*obole*) (N de T.)

* * Antigua moneda utilizada en Portugal, Castilla y América (*teston*) (N. del T.)

* * * Antigua moneda de plata de cinco francos (*écu*) (N. del T.)

¹ Este poema se encuentra en *Inventaire du fonds Vandeul et inédits de Diderot*, editado por Herbert Dieckmann, Ginebra, 1951.

No tuvo oportunidad Diderot de recitarle este poema a Kant. Sin embargo, el francés habría pasado por Königsberg en 1773, aunque no solicitó encontrarse con Kant, por entonces desconocido en Francia. Puede imaginarse una comida entre los dos hombres; un almuerzo de los organizados por Kant. Diderot se habría sentido extraño al no encontrar allí mujer alguna. ¿Un salón sin filosofía -tema vetado por Kant durante los almuerzos- y sin mujeres? ¡Qué raro es este prusiano!

MARIE-CHARLOTTE

La sexualidad de Kant intrigaba también a sus contemporáneos. En el ocaso de su vida recibió de uno de sus biógrafos autorizados, un tal Jachmann, un detallado cuestionario en donde destacaba esta pregunta: *¿Ha gozado alguna sirvienta del favor del filósofo?* Kant no se molestó en responder. Sabemos que no se casó pero ignoramos si se mantuvo virgen. Podemos asegurar que Kant conocía la sensualidad, ya que le gustaba comer. No estaba pues anestesiado; tenía una boca y unos labios en perfecto estado de funcionamiento. No se avergonzaba de su cuerpo. En cuanto se hizo con algo de dinero adquirió ropa apropiada, incluso elegante. Ciertamente es que Kant no tenía el físico de un seductor. De una altura de metro cincuenta, lo que su madre denominaba *Manelchen* (hombrecillo), sostenía una gruesa cabeza y tenía algo caído el hombro izquierdo. No obstante, no dejaba indiferentes a las mujeres. Así lo testimonian las dulces palabras que le dirigió en 1762, cuando Kant contaba con treinta y ocho años, una tal Marie-Charlotte Jacobi:

Querido amigo

no os extrañéis de que os escriba como a un gran filósofo. Ayer creí que os encontraba en mi jardín, aunque después de recorrer con mi amiga todos los caminos y constatar que nuestro hombre no se encontraba allí, bajo aquel pedazo de cielo, me dediqué a confeccionar una charretera que os está destinada. Espero vuestra compañía para mañana. Sí, sí, allí estaré”, os escucho decir. Bien, os esperaré dando cuerda a mi reloj. Perdonad la insistencia. Mi amiga y yo os enviamos un beso por simpatía. El aire de Kleiphoff seguirá siendo el mismo, de manera que nuestro beso nada perderá de su fuerza simpática. Portaos bien.

Esta desvergonzada joven se divierte con la teoría simpática de transmisión a distancia y quiere divertirse también con el filósofo. ¿Hasta dónde? La invitación es directa, atrevida viniendo de una mujer casada como esta Marie-Charlotte, de soltera Schwink, esposa de un banquero. Ofrecer una charretera puede tener atrevidas connotaciones. La expresión, *dando cuerda a mi reloj*, es de difícil interpretación. Para algunos comentaristas remite a *Tristram Shandy* de Sterne, obra de 1760, leída en toda Europa, y en la cual aparece un pastor protestante que da cuerda a su reloj cada vez que cumple con su deber conyugal. Para otros, debe ponerse en relación con esta cita de la *Antropología*: *Tienen las mujeres la costumbre de utilizar sus libros como sus relojes; los llevan con la intención de hacer notar que poseen uno sin importarles si está parado o definitivamente estropeado.* Marie-Charlotte le habría lanzado pues un desafío para un combate cultural de altura.

Por mi parte, mantengo otra hipótesis que tiene que ver con las medias de Kant. A finales del siglo XVIII, antes de que el pantalón remplazara al calzón, todos los hombres de cierta condición llevaban medias. Para evitar que cayeran y no tener que utilizar las

¹ Immanuel Kant, *Correspondance*, p. 35. Gallimard, 1991

las tradicionales ligas que cortaban la circulación, Kant había desarrollado un ingenioso sistema que permitía a la sangre circular libremente. La cinta que rodeaba sus medias estaba unida a la caja vacía de un reloj que adhería a cada muslo y a la que había dotado de un resorte, de manera que, accionándolo, el filósofo podía regular con precisión la tensión de la cinta sin comprimir sus arterias. Se aprecia así la importancia que, por igual, concedía Kant a su salud y a su apariencia. *Dar cuerda al reloj* podía significar en la pluma de esta *Madame* Jacobi, que conocería las peculiaridades del vestuario de Kant, *estar dispuesta, con las mejores galas, de punta en blanco* en esa parte del cuerpo oculta habitualmente a las miradas. ¿Invitación sexual? Así lo creo.

Se desconoce si Kant respondió a la desvergonzada Marie-Charlotte. Sí se sabe que en 1768, seis años más tarde, en una segunda misiva vuelve a proponer a nuestro filósofo que se reúna con ella en Berlín, en donde parece aburrirse¹. Kant no llegará a tomar el coche. Pero ¿tuvo ganas de hacerlo? En todo caso, a los cuarenta y cuatro años, la aventura amorosa llama a su puerta. En principio, como explica en la *Antropología*, no está en contra: El puritanismo del cínico y la castidad del anacoreta privados de los placeres de la sociedad, son deformaciones de la virtud que en nada determinan su práctica; abandonados uno y otro por las Gracias, no pueden aspirar al ideal de la humanidad. Esto es lo que dispone la complicidad de nuestro caso; que no nos las tenemos que ver ni con un cínico misántropo ni con un anacoreta ni con un cenobita². A menudo, los moralistas mientras predicán castidad practican la obra de la carne. Kant hizo lo contrario: predicó los placeres practicando la contención, la reticencia, la abstención. ¡Qué hombre tan extraordinario!

¹ Hay que lamentar que esta carta no aparezca en la correspondencia editada por Gallimard.

² El anacoreta es un ermitaño solitario; el cenobita vive en comunidad, monástica, por ejemplo.

[...]

Sabemos que el joven Kant trabajó como preceptor durante nueve largos años en casas de pudientes familias prusianas (entre ellas los Keyserling) en el entorno campestre de Königsberg. ¿Aprovecharía la promiscuidad favorecida por el numeroso personal de servicio del que formaba parte para conocer carnalmente a alguna mujer?

Ya mayor, y con superior fortuna, no debió considerar oportuno hacerse con ama de llaves, sirvienta, doncella o cualquier otro tipo de empleada del sexo femenino. Contrató a Lampe, militar retirado, hombre dispuesto, entregado y estúpido.

Buena casa, buen porte ... Nada tenía del profesor sin renta, del docto andrajoso ... Sí, *el elegante Magister Kant*, como alguien le denominara entonces, no era mal partido para el bello sexo. De creer a su otro biógrafo, Borowski, al menos en dos ocasiones jóvenes honorables manifestaron su interés por casarse con el filósofo. Pero Kant habría rehusado, o, más exactamente, habría demorado su decisión adoptando una maniobra de manifiesta dilación en lo concerniente al matrimonio. Pero repito, nunca ignoró a las mujeres.

Desde este punto de vista, era muy diferente de los jóvenes intelectuales románticos que le sucedieron; de esa generación de muchachos frustrados e ignorantes, absolutamente desamparados por años de encierro en pensionados, privados de toda familiaridad con el continente ignoto del otro sexo. Concluamos provisionalmente, diciendo que las mujeres interesaban a Kant, y que Kant interesaba a las mujeres.

*

* *

¿DEBE EL FILÓSOFO TOMAR MUJER?

Kant mundano y casto, solitario y sociable, amante de la buena mesa pero no de la carne hermosa. ¡Cuánta contradicción! Estamos en medio de la niebla; la misma niebla que cubre las orillas del Báltico buena parte del año. Una niebla que parece espesarse en torno a nuestro sujeto, ya que una grave objeción amenaza con rebatir la hipótesis de la castidad. No parece necesario que a kantianos avisados como ustedes se les tenga que recordar el primer principio de la moral kantiana:

Actúa como si la máxima de tu acción debiera ser erigida por tu voluntad en ley universal.

Apliquemos este principio a la vida sexual. Enseguida comprendemos cómo la castidad resulta tan indefendible y contradictoria como el asesinato, ya que si todo humano la practicara sería el fin de la especie.

Es imposible que un espíritu tan poderoso como el de Kant entre en contradicción con sus propios principios. De ahí que la castidad no pueda servir como ley universal para la especie humana.

Es más, aumenta la objeción cuando consideramos otro principio sostenido por Kant según el cual *todo órgano existe en virtud de un fin que debe cumplir*¹. También los órganos sexuales... incluidos los del filósofo... En caso contrario, nuestro hombre sería un monstruo dotado de atributos superfluos. No hacer uso de sus *genitalia* sería contradecir las leyes fundamentales de la naturaleza. ¿Me siguen ustedes? ¿Comprenden ahora cómo la vida, o quizás más bien, la *antivida* sexual de Kant no constituye un simple dato de la historia, de información, de documentación, de simple anecdotario, sino que sustenta la propia coherencia del sistema kantiano?

Nos encontramos en plena jungla, y cae la noche. Una noche sin final nos amenaza si no somos capaces de hallar la luz, y si nuestros cantos no llaman al alba...

*

* *

Para escapar a la oscuridad vamos a hacer tabla rasa, como si ustedes nunca hubieran abierto un libro de Immanuel. Bien sé que no es éste el caso ya que entonces, no estarían aquí, tan lejos de Königsberg, tras tantos riesgos y asechanzas mortales, embarcados en esta magnífica aventura. Pero, en fin, de tarde en tarde, hay que saber recomenzar desde cero. (*Murmullos de aprobación en la sala.*)

Retrocedamos hasta los fundamentos del kantismo.

Kant revolucionó la moral. Hasta él, la cuestión ética fundamental fue la definición del Bien. Esto era lo que había acicateado a todos los filósofos de la Antigüedad; establecer una jerarquía de los bienes para descubrir el supremo Bien, el Soberano Bien, ese *summum bonum* como se decía en latín, conocido según los distintos autores como Placer, Verdad, Virtud; valores exteriores al hombre, en cuya elaboración no ha participado, y que le trascienden.

¹ La cita exacta de Kant es la siguiente: *Afirmamos por principio que no hay órgano que sirva a un fin cualquiera, que no sea, al tiempo, el más apropiado y el mejor adaptado a tal fin.* Fundamentación de la metafísica de las costumbres, cap. 1

Llegados a este punto, interviene Kant de *façon reversante*. * Según establece, el criterio de la moralidad no se fundamenta en aquello que hacemos, sino en la forma de hacerla. No es el resultado del acto lo que cuenta; de no ser así, el peor bandido que contribuyera a las buenas obras de su parroquia estaría seguro de viajar directo hacia el paraíso.

No. Lo que condiciona que un acto sea moral es la pureza de la intención y la rectitud de la voluntad, cualidades que, hay que admitirlo, son difíciles de observar exteriormente. Y; sin embargo, constituye el único criterio que permite escapar a una moral de consultorio, es decir, a un compendio de consejos semanales y de fichas de cocina que nos ayuden a preparar nuestra felicidad. En el caso de Kant la pregunta no es *¿cómo alcanzar la felicidad?*, sino *¿cómo volvernos dignos de la felicidad?*

La primera formulación pone de manifiesto la distancia existente entre nuestra condición y la suprema felicidad. La sabiduría consistiría entonces en reducir dicha distancia, de la misma manera que se asciende a una montaña para aproximarse a la cima. En la formulación kantiana se evidencia la separación entre el *Yo* real y la idea que se tenga de ese mismo *Yo*. Es un problema de *dignidad*. Uno se impone a sí mismo su propia ley pues ésta no cae del cielo. El hombre kantiano es su propio director de conciencia, no tienen necesidad de confesor o de gurú. Recordarán que Kant admiraba a Rousseau para quien el origen de la moralidad residía en la Conciencia, *divino instinto, inmortal y celeste voz*. Ésta es también la opinión de Kant. Escuchemos a nuestra conciencia: ésta es la voz del deber.

Pero, *¿cómo obedecerla?* La vida diaria nos obliga a elaborar determinadas estrategias. Por ejemplo, ante el terrible deber de levantarse cada amanecer, trabajar... La solución se llama Lampe. Así, todas las mañanas a las cinco, cuando en su alcoba resonaba la potente voz de su doméstico gritando: *¡Es la hora!* Kant escuchaba la voz del Deber, desde el exterior y con inflexiones disciplinarias. (Lampe había sido militar y había combatido en la Guerra de los Siete Años.) Así obedecía Kant aquello que escribiera en *la Crítica del juicio: Cuando habla la ley moral no se es ya objetivamente libre de elegir*

* En la edición francesa se indica en nota que esta expresión figura en francés en el original alemán. (N. del T.)

aquello que debe ser hecho ¹.

Tiene esta doctrina la ventaja de fundamentar una moral del Deber, incluso aunque no se crea en Dios. Reúne pues, en una misma determinación, a creyentes ya ateos. Se acabó con la necesidad de teólogos para celebrar la virtud. La moral kantiana permite establecer un régimen que posea la fuerza de una comunidad religiosa sin los inconvenientes del clericalismo. Expone preceptos universales. Por esta razón, en mi país, en Francia, la Universidad y la República veneran a Kant. Su moral se destina al Hombre en cuanto Hombre, y esto nos gusta.

Pero, ¿qué sucede con la mujer?

No, no estoy bromeando. ¿Qué hacer ante la diversidad de los seres humanos? Kant se interesaba por la humanidad en su conjunto, con todos sus matices; hombres y mujeres, mentalmente sanos y enfermos, salvajes o civilizados.

Atendamos a esta última división, Kant poseía algún que otro conocimiento de los salvajes. Más exactamente, había oído hablar de ellos. Sus clases de geografía, acopio de informaciones extraídas de los diarios y los relatos de los viajeros, abundan en extrañas anotaciones. Aquí van algunos fragmentos escogidos al azar: *Existe un pueblo en América, en el que acostumbran a hundir la cabeza de los niños entre los hombros de tal manera, que parece no tuvieran cuello [...] Su suciedad (de los hotentotes del Cabo de Buena Esperanza:) lo sobrepasa todo. Se les huele desde lejos. Cubren a sus recién nacidos con bosta de vaca y los ponen al sol [...] Cuando (los esquimales) llegan a viejos, los padres preparan un banquete y se hacen asfixiar por sus hijos, pero nunca se dan la muerte por propia mano.*

¡Vete tú a hacer oír la voz del Deber por estos climas!

¹ *Crítica del Juicio*, 5.

En cuanto a la dicotomía salud/enfermedad mental, Kant nos reserva ciertas sorpresas ya que, personalmente, como veremos más adelante, no se incluye bajo el primer rótulo sino que lo hace bajo el segundo en tanto que hipocondríaco y melancólico.

Por último, la división hombre/mujer nos revela una claudicación de la Humanidad. Los dos sexos no avanzan con idéntico paso por la senda de la civilización y de la cultura. Para comprobarlo, conviene dejar a un lado las tres austeras *Críticas*, y profundizar en obras más sencillas y menos reputadas como *Antropología en sentido pragmático*, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, sin olvidar las *Consideraciones* sobre estas observaciones. En ellas puede leerse lo siguiente acerca de las mujeres:

Una mujer que tiene la cabeza llena de lo griego como Madame Dacier, o que discute sobre mecánica como la Marquesa de Chatelet, podría, perfectamente, lucir barba.

Me cuesta creer que el bello sexo sea capaz de principio alguno.

Numerosas mujeres abusan del permiso otorgado para ser ignorantes.

Resulta sencillo hacer un análisis del hombre: la mujer no descubre los propios secretos gracias a lo mal que guarda los ajenos (a causa de su charlatanería).

La risa es viril, las lágrimas femeninas (Manifestaciones de agitación entre la asistencia.)

Podría entender que alguno de ustedes se sintiera desconcertado ante tales citas. Les pediría, no obstante, que evitaran precipitarse, y aplazaran cualquier tipo de juicio. Para comprenderlas es necesario situar a Kant dentro de la tradición filosófica.

*

* *

Para mí, el kantismo antes que una doctrina es una forma de vida; un compendio de actitudes y de posturas más que una colección de textos o un sistema de conceptos.

Pensar exige llevar vida de pensador. Una palabra expresa esto, *ascesis*; término que, en su antigua acepción, no supone mortificación sino entrenamiento; ejercicio y disposición para la vida.

Vivir sin mujer es una *ascesis*. Vivir con ella también.

Entre las reglas para la vida se plantea el problema de la mixtura. ¿Deben ser admitidas las mujeres en una escuela filosófica? ¿Cómo actuar? ¿Amigas, amantes, esposas? Dependiendo de su corriente filosófica los Antiguos respondieron a esta cuestión de manera diferente.

El estoico romano Musinius¹ escribió un tratado titulado *¿Por qué deben casarse los filósofos?*, en donde explica que vivir según la naturaleza y según la razón es vivir en pareja. Más que otro cualquiera, el sabio tiene el deber de la conyugalidad. En idéntico sentido un griego llamado Hierocles afirmó en el siglo V, que los humanos son *animales conyugales* y que el matrimonio *es para nosotros un imperativo siempre que no se oponga ninguna circunstancia*.

Hay que confesar, sin embargo, que esta tradición gamófila² es minoritaria entre los filósofos griegos y latinos. Epicúreos y cínicos estaban en contra del matrimonio. En el caso de los seguidores de Platón se repetían constantemente las anécdotas en contra de Xantipa, la mujer de Sócrates, una arpía desagradable. Los primeros filósofos cristianos también manifestaron su desconfianza con respecto a lo que denominaban *el yugo del matrimonio*. San Pablo temía que las tribulaciones de la carne apartaran a los hombres de la oración... En sus *Disertaciones*, Epicteto elabora una fastidiosa relación de deberes conyugales; calentar el agua de la marmita, acompañar a los niños hasta la escuela (no se podía pensar en dejarlos solos a causa de los pederastas), prestar servicios al suegro, conseguir para la mujer lana, aceite, un jergón, cazuelas...

¹ Botul comete un ligero error con el nombre del autor. Se trata de Musonius Rufus.

² Del griego *gamos*, matrimonio, precedido del afijo *phil*, amante; literalmente, amante del matrimonio. Este término es un neologismo de Botul.

¡Ponte a filosofar ahí dentro, entre cacharros y *cachorros*! Eso, sin hablar de la sexualidad conyugal... ya que es el cuerpo del marido el que pertenece a la mujer, y no viceversa. Y el deseo femenino es tan imperioso...

Ahora bien, la filosofía es una actividad a tiempo completo. Como escribiera Séneca a Lucilio: *No pienses en poder hacerlo en tu tiempo libre*. Nueve siglos más tarde, Eloísa daría la misma lección a su amante, Abelardo: *Dejar por un instante de lado la filosofía es casi tanto como darle la espalda. Si la interrumpís, os abandonará*.

Un amigo, pianista profesional, me decía un día: Cuando estoy un día sin tocar lo percibo en mi interpretación. Si estoy dos, es el público el que lo percibe. Sucede lo mismo con la filosofía. Aunque fugazmente, he citado a Eloísa. Conocen ustedes la historia de su trágico amor con el filósofo Abelardo. Saben bien que este pensador del siglo XII, *creador* del Barrio Latino en donde recogía a estudiantes y admiradores, dilapidó una magnífica carrera desde el momento en el que se enamoró de la hermosa e inteligente Eloísa, veinte años más joven. Abelardo tuvo una Idea buena y otra estúpida:-la buena fue hacerle el amor a la joven; la estúpida, pretender casarse con ella. Eloísa se mostró encantada con la primera propuesta; con la segunda se escandalizó. ¿Casarse? Lo rechazó citando a San Jerónimo, a San Pablo, a Teofrasto, a Cicerón. Una poderosa lección que restituyó al *Sócrates de los galos* –como se conocía a Abelardo- a sus deberes. *¡Hasta que punto no resultaría inconveniente y deplorable hallar, a un hombre creado por la naturaleza para disfrute de todo orbe, entregado a una sola mujer, sometido bajo un yugo infame!* Se indigna Eloísa, que no es misógina, pero tiene de la pareja una opinión pesimista. *(Las mujeres solo pueden conducir a los grandes hombres a la ruina.)* Y sin embargo, a pesar de que Abelardo es un gran hombre, al menos en potencia, es una mujer la que ha de recordarle su deber de celibato.

Si me he detenido un instante en esta hermosa historia es porque en tiempos de Kant, Eloísa seguía de actualidad. Es cierto que llevaba muerta desde 1164, pero también es cierto que en el siglo XVIII todavía vivía en la obra de un autor al que Kant admiraba por encima de todos, Jean-Jacques Rousseau, una de cuyas obras más importantes

llevaba por título, *La nouvelle Héloïse*. Su argumento tiene poco que ver con la Eloísa del siglo XII. Rousseau imaginó un curioso trío, formado por Julie, su marido, monsieur de Wolmar, y su amante, Saint-Preux, conviviendo en casta y perfecta amistad; los tres, virtuosos hasta la médula. Estamos lejos, muy lejos, de los pobres arreglos que, en la vida real, estableció Rousseau con el otro sexo, Eligió vivir con una mujer sin *malicia*, llamada Thérèse Levasseur, a la que hizo cinco criaturas, todas abandonadas, ¡Cuánta contradicción! Una compañera sí, pero con la condición de que sea ignorante. Una pareja, pero sin niños a los que educar. No voy a hacer esta tarde el proceso a Rousseau, En su caso, encuentro un patético ejemplo de las contradicciones ante las que se han debatido los filósofos en lo referente al matrimonio.

Los pensadores en su mayor parte se han mantenido solteros. Durante el siglo XVII todos, sin excepción, lo fueron: Descartes, Spinoza, Leibniz, Malebranche, Gassendi, Hobbes, En el XVIII algunos intentaron la aventura conyugal; por ejemplo, Diderot, pero no Hume ni Voltaire ni Kant. En el siglo XIX Hegel, Fichte, Schelling, Comte o Marx se casaron, pero ni Schopenhauer ni Nietzsche ni Kierkegaard lo hicieron. Hoy en día, se comprende la razón. Uno de los más grandes filósofos franceses, Alain, llegaría a casarse ya en el atardecer de su existencia, tras haberse resistido durante largo tiempo¹. No rechazaron este estado este Bergson o Bachelard. En nuestros días, Sartre y Simone de Beauvoir siguen profesando la máxima de Abelardo y Eloísa: sí a la filosofía, no al matrimonio.

Tengo la impresión de que una época toca a su fin. Unas décadas más y se considerará al filósofo soltero una curiosidad.

¹ Alain, pseudónimo de Émile Chartier (1868-1951), rechazó contraer matrimonio con su amiga Monique Moire-Lambedin. Sólo con setenta y siete años, en 1945, y tras la muerte de Monique, se casaría con Gabrielle Lalldormy. A propósito de Lagneau, maestro de Alain, un coetáneo refiere esta confidencia: *Habría querido que el maestro de filosofía fuera célibe como el sacerdote católico.*

Y el filósofo casado será la norma. Una larga historia de veinticinco siglos termina ante nuestros ojos con la victoria absoluta del estado conyugal.

En otro tiempo, si los filósofos europeos no eran de origen aristocrático (Montaigne, Montesquieu, d'Holbach) eran bastardos sociales, Sin ser pobres, tampoco eran lo suficientemente ricos como para fundar una familia. Surgidos del pueblo -como Kant, cuyo padre era artesano guarnicionero- se veían obligados a emplearse como secretarios, bibliotecarios o preceptores en casa de ricos personajes, príncipes o burgueses advenedizos. Tenían difícil el matrimonio. Para las hijas de buena familia no resultaba un brillante partido. Económicamente infradotados, gozaban felizmente de un capital intelectual cuyo valor se incrementará sólo a partir del siglo XIX. Véase el caso de Hegel que, a pesar de comenzar sólo como preceptor, es decir, como doméstico, realizó un buen matrimonio. Como modesto director del liceo de Nuremberg obtuvo -aunque no sin dificultad- la mano de la joven noble, Maria von Tucher. Cuando Hegel fue nombrado profesor en la Universidad de Berlín, la inversión de la familia von Tucher dio sus frutos. Saboreando este éxito le escribiría a un amigo: *He satisfecho mis fines mundanos; con un cargo y una esposa querida tengo todo lo que necesito en este mundo*. Terribles palabras. ¿Dónde está la grandeza del filósofo? Un cargo y una esposa...

Kant escapa con elegancia a tal destino. Ni esposa ni suegros ni amantes ni hijos legítimos o ilegítimos. Escapa de Toinette, de Thérèse, de Caroline, de Régine y de otras ¹. Evita la terrible incomodidad de un Hegel recién casado, obligado a precipitar la conclusión de La ciencia de la lógica para mantener su hogar ². Evita tener que empeñar la biblioteca, como le ocurrió a Diderot al lado de Catherine, para pagar la dote de su hija Angelique. Por no hablar de la progenie de Karl Marx que impidió a este

1 Toinette (Antoinette) era la esposa de Diderot; Thérèse, la compañera de Rousseau; Caroline Medon, la amante de Schopenhauer; Régine, la novia de Kierkegaard. -

2 En 1814 escribe Hegel a un amigo: *Necesitaría un año para darle la forma conveniente pero preciso dinero para vivir*.

Gran pensador mantener su espíritu libre de preocupaciones materiales.¹

[...]

Si Kant rechaza el matrimonio lo hace sólo tras largo análisis y larga observación. Y llega a una constatación terrible: *Vosotros, los que ahí entráis, abandonad toda esperanza*, como escribiera Dante. El matrimonio es el infierno. Para expresado así, nuestro filósofo no utiliza imágenes violentas. Le basta con señalar: *Difícilmente podrá probarse que personas longevas hayan estado casadas la mayor parte de su vida* ². Llegar a viejo o casarse; hay que elegir. El matrimonio es un lento suicidio, una forma segura de abreviar la vida. El intercambio sexual entre esposos no basta para explicar este precoz desgaste de la energía vital; es la vida conyugal en su totalidad, la que debilita: La más negra preocupación, la discordia y el disgusto gobiernan el hogar ³. Para comprender semejante catástrofe cotidiana hay que remontarse a los fundamentos de esta alianza.

¹ Casado con Jenny von Westphalen, Marx tuvo siete hijos, careciendo de ingresos regulares.

² *Crítica del Juicio*.

³ Consideraciones en torno a las *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*.

LA CABEZA LLENA DE GRILLOS

LA DESGANA DE VIVIR

No nos dejemos engañar ante esta, aparentemente, tranquila existencia. La regularidad en el empleo del tiempo y la monotonía de una vida de estudio, ocultan espantosas aventuras, incursiones hasta los límites de la locura. Los monstruos acechan. Las manías kantianas conforman una camisa de fuerza que el filósofo se abrocha heroicamente para no dejarse arrastrar hacia lo inmundo. No invento. Kant no se franqueó casi con nadie. Les decepcionaría su correspondencia; nada íntimo salvo algunas raras confidencias en torno a su salud o a su constitución. Se diría que una mano invisible hubiera destruido todas sus cartas personales. Kant el que se censura a sí mismo. No se vio obligado a destruir sus confesiones porque nunca llegó a escribirlas.

Kant dejó tan sólo ciertos indicios para aquellos que supieran interpretarlos.

En *La disputa de las facultades* escribió: *Según mi parecer, a causa de un pecho liso y estrecho que deja poco espacio para los movimientos del corazón y de los pulmones,*

tengo una disposición natural a la hipocondría que, en otro tiempo, me produjo desgana de vivir.

Esto lo confiesa a los setenta y cuatro años, sin precisar exactamente ese *en otro tiempo*. Lo fundamental está dicho: es hipocondriaco y tuvo tendencias suicidas.

Pero, ¿qué es la hipocondría?

En la *Antropología*, Kant la denomina *Grillenkanheit*, literalmente, *mal de los grillos*. Un hipocondriaco es un *Grillenfänger*, un cazador de grillos. En mi tierra, en el sur de Francia, las cigarras emiten un sonido difícilmente localizable, una estridencia difusa y machacona. En Prusia no hay cigarras...El grillo, incapaz de sobrevivir en el exterior, debe hacerlo al calor del hogar. Su canto insistente es el calvario del insomne... Este grillo alemán de la chimenea, me recuerda al murciélago inglés del campanario o a la araña francesa de los desvanes ¹. Así marcha la Europa de los chiflados... En todos los casos nos encontramos con animales sombríos, inquietantes, con bestezuelas perturbadoras que producen seres alterados, y que el francés sintetiza en la palabra *cafard*, cucaracha, insecto símbolo de las ideas oscuras. Tener grillos en la cabeza equivale a tener un persistente *cafard*, y Kant tenía *un grillon dans la cheminée*.

Prosigamos con nuestra exploración: *El hipocondriaco es un loco extravagante*, escribió Littré, que precisa en su *Dictionnaire*: *Se suponía que la causa de la hipocondría dependía de las vísceras alojadas en el hipocondrio; designando esta última palabra, la región del abdomen situada bajo las costillas falsas a cada lado del epigastrio*. No deja de resultar extraño que un problema abdominal pueda provocar ideas delirantes y, en esta línea, escribía Kant a Marcus Herz, su amigo médico: *Cada mañana, mis deposiciones resultan tan dificultosas e insuficientes que las heces retenidas y acumuladas provocan, en la en que puedo juzgarlo, la niebla que se apodera de mi*

¹ *To have a bat in the belfrey*, literalmente, tener un murciélago en el campanario.

Para estar loco, el francés dice también *tener una araña en el desván*.

cabeza. ¹ EL estreñimiento oscurece las ideas. En 1764, en un opúsculo todavía desconocido en Francia, *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*, dibujó Kant un cuadro clínico de la hipocondría:

Este mal despliega un manto melancólico en torno a los fundamentos del alma, de manera que el paciente experimenta en sí mismo el espejismo de padecer casi todas las enfermedades de las que ha oído hablar. Su lema favorito de conversación es su propio malestar, se complace leyendo textos médicos, hallando por todas partes su dolencia. Sin embargo, en público, recupera su buen humor y ríe entonces con gusto, come bien, y muestra, en general, la apariencia de un hombre con buena salud.

Por otra parte, no se trataba del único problema que afectaba a Kant, Si hemos de creerle, siempre estaba sufriendo. En otra carta a Marcus Herz de fines de 1773, mientras redactaba la *Crítica de la razón pura*, evoca *las frecuentes indisposiciones* que sufre y que le obligan constantemente a interrumpirse.

Este es el retrato de Kant por sí mismo. Melancólico y alucinado, Siempre sufriendo pero con una siempre aparente buena salud. Nos da gato por liebre: por fuera de buen humor, como un alegre convidado, aunque interiormente torturado,

Podemos apreciar ahora mejor el perfil obsesivo y patológico del régimen de vida kantiano. Desplegar semejante ingenio para mantenerse con buena salud es tan solo indicio de enfermedad. Pero, a la inversa, también podemos asegurar que si Kant mantiene su buena salud es porque siempre cree encontrarse enfermo. Esta creencia lo estabiliza. Así lo afirma una sentencia admirable; Cada hombre tiene su peculiar manera de mantener su buena salud; cualquier variación en aquélla supone un peligro. Dejadme mis quimeras, que ellas garantizan mi supervivencia.

¹ Carta del veinte de agosto de 1777.

² Carta a Moses Mendelssohn del dieciséis de agosto de 1783.

*

* *

Pero con esto aún no terminamos con la patología kantiana, que no solo concierne al estómago, el abdomen, los hipocondrios y demás órganos. Kant está gravemente enfermo de la *imaginación*, produciendo, sin descanso, nuevos argumentos. Es el autor de su propio mal; amando, alimentando sus quimeras. Como si el canto del grillo, al tiempo que le produjera el tormento, le terminara seduciendo. ¡Sí, amo a este grillo que me obsesiona, lo alimento!

¡Crueldad del hipocondriaco para consigo mismo!

Ahora bien, esta pulsión imaginativa actúa también sobre las zonas más insospechadas y más nobles de nuestro psiquismo. Contamina la *razón*, esa facultad superior que es el orgullo del hombre. Al devenir *pura* toda de experiencia sensible, la razón desvaría, y así pretende demostrar la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. Tal locura se denomina, *metafísica*. El metafísico es un sabio loco. Queriendo demostrado todo, no muestra sino su insania. Y, sin embargo, Kant es un metafísico inveterado; experimenta tal pulsión como un deseo amoroso, *Siempre se regresará a la metafísica como a una amante con la que se hubiera discutido*, confiesa al final de la *Crítica de la razón pura*.¹ Este amor da lugar a orgías metafísicas, graves desórdenes que Kant denomina, *dialéctica, paralogismos, antinomias*; tres estados provocados por la libido metafísica, Ésta es la razón de la necesidad de una ascesis.

ORGÍAS SUECAS

Semejante ascesis precisa su tiempo. Hay que redimir al hombre joven. Si Kant escribió tan tarde sus grandes obras, si la madurez, en su caso, no advino hasta los sesenta años, si durante las tres cuartas partes de su vida no produjo sino la mitad de su obra,

¹ *Arquitectónica de la razón pura*.

es porque antes debió purgar sus amores prohibidos.

. Durante su juventud les entregó demasiado. A los veintiún años, en su *Historia universal y teoría del cielo*, libro que prefirió no firmar, describe el sol como si se hubiera acercado hasta él: *Se comienza por ver inmensos océanos de fuego alzando sus llamaradas hacia el cielo mientras huracanes ardientes, cuyo furor multiplica la violencia de estos mares... Les ahorraré los largos pasajes de esta Historia del cielo cuya tercera parte constituye una tentativa de comparación entre los habitantes de los diferentes planetas. Se pregunta Kant por qué nuestra alma inmortal debería mantenerse eternamente encadenada a ese punto del Universo que es la Tierra. Puede que se formen otros planetas para, llegado el término del tiempo prescrito para nuestra permanencia aquí abajo, facilitarnos un nuevo hogar bajo otros cielos.*

Estas páginas hacen del Kant joven, un autor que hoy denominaríamos de *ciencia-ficción*.

Es verdad que se trata de una obra de juventud. Pero once años más tarde, en 1766, Kant reincide escribiendo un curioso libro titulado *Ensoñaciones de un visionario* (*Réveries d'un visionnaire*) que también prefiere no firmar. ¿Visionario? Un título más apropiado en francés sería *Réveries d'un faiseur de visions* (Ensoñaciones de un artífice de visiones) o *Réveries d'un voyant* (Ensoñaciones de un vidente), pues *visionnaire* (visionario) esconde, en lengua francesa, un matiz positivo que no parecería corresponder con la tensión provocadora de Kant.

Este libro constituye un ataque en toda regla contra un iluminado sueco llamado Swedenborg que narra sus encuentros con los espíritus de los muertos.

Kant se manifiesta en contra de este Swedenborg; absolutamente en contra, lo que a la postre puede equivaler a encontrarse demasiado cerca.

Para hacer su refutación no duda en adquirir a precio de oro *Arcania caelestia*, el libro

Semejante interés por un autor oscuro y desconocido en Alemania resultaba extraño a más de un contemporáneo. Kant lo reconocía: *Por una curiosa investigación sobre las visiones de Swedenborg (sic) [. . .] di mucho que hablar en otro tiempo. Este tiempo resulta difícil de precisar. Se sabe tan solo que Kant tuvo el proyecto de encontrarse con Swedenborg en Estocolmo pero que, para evitar el viaje hasta el otro extremo del Báltico, le hizo interrogar por un intermediario; también, que con diecinueve años calificaba a este iluminado de hombre atento, razonable y abierto. Kant describe con admiración y reserva cómo Swedenborg viajando hacia Goteborg, vio y describió a sus próximos un incendio que se producía, en ese mismo momento, en Estocolmo, a seiscientos kilómetros de distancia. ¡Cómo desearía haber podido conversar con este extraño hombre!* ¹

Deduzco que el único viaje que durante su vida Kant podría haber realizado, la única ciudad que fue objeto de su deseo, no debió ser París ni Londres ni Berlín, sino Estocolmo.

Con cuarenta y dos años Kant hace autocrítica: En ese momento, mi alma su sensatez. Estas son las palabras de alguien que sale de una enfermedad; con dificultades, si consideramos que: *En lo que concierne a tales relatos, no puedo evitar cierto gusto por las historias de este tipo.*² Abstinente ya, pero aún no curado de su mal sueco.

A menudo, en el crepúsculo de sus vidas, los sabios manifiestan interés por curiosos estudios sobre lo paranormal y la parapsicología, como si el ocio derivado de la jubilación liberara en ellos pulsiones reprimidas durante largo tiempo por la disciplina científica. He de señalar que, en el caso de Kant, ocurre a la inversa. Comienza por las ciencias ocultas y concluye con las ciencias racionales.

¹ Carta a Charlotte von Knobloch del diez de agosto de 1763.

² Carta a Mendelssohn el ocho de abril de 1766,

Las dificultades estriban en datar, aún más, en describir el punto de inflexión. ¿Qué acontecimiento sustrajo a Kant de la influencia de Swedenborg? ¿Fue la redacción de las *Ensoñaciones de un visionario*? ¿La lectura de Hume?

[...]

Kant es un racionalista, aunque un racionalista converso; y como todos los conversos, preserva en el fondo de su corazón cierta nostalgia por la antigua creencia. Se enfrenta a las divagaciones de Swedenborg con la "suave atracción" que el alcohólico arrepentido experimenta ante la botella proscrita.

Pero su *superyó* vela frente a las pulsiones *visionarias*, y en especial durante las horas críticas en las que la razón se relaja. Los solitarios del desierto, los monjes en sus celdas, conocen el peligro de esas horas vacías en las que aparece el *demonio meridiano*, provocando toda una serie de sueños con irisaciones melancólicas, de las que la modernidad no ha retenido sino las fantasías sexuales. Los padres de la Iglesia describieron este mal al que denominaron *acedia*, es decir, tristeza, la cual según San Gregorio se manifiesta como *malicia, rancor, pusillanimitas, desperatio, torpor, evagatio mental*, o lo que es lo mismo, repudio del Bien, revuelta contra los buenos, mezquindad de espíritu, desesperanza, desaliento y divagación. De esta serie de vicios hallamos análoga expresión en el caso de Kant, cuando clasifica los diferentes casos de locura: confusión mental, delirio, extravagancia, vesania. La confusión mental supone la imposibilidad de relacionar las sensaciones entre sí. Todos ustedes saben, como expertos kantianos, que el trascendental designa las condiciones de posibilidad de la experiencia, gracias a las cuales el caótico flujo de las sensaciones es organizado por las formas a priori de la sensibilidad; para aclararnos, esos sustentos innatos de nuestra percepción que son el espacio y el tiempo. Ahora bien, tal regulación no es tan evidente ni tan automática y, según Kant, no hay más que visitar ciertos establecimientos para darse cuenta: *Como consecuencia de su aptitud para el parloteo,*

¹ *Antropología*, 52,

son las mujeres, en los manicomios, las más afectadas por este vicio. Esta confusión proviene de lo que yo denominaría un *hiato del trascendental*.

En cuanto a la *vesania*, podemos afirmar que se trata de un mal similar al de la razón que desbarra. En la *Crítica de la razón pura* las vesanias se denominan: *dialéctica, analogías, paralogismos*; un complot de fantasmagorías elaboradas por nuestro intelecto cuando actúa en el vacío. En este sentido, la metafísica tradicional, la que precediera a Kant, es una inmensa vesania. Por otra parte, ¿qué es la *coagitación*? Durante el Medioevo, la *coagitación* designa la loca agitación de los fantasmas en nuestro espíritu; una hiperactividad de la imaginación, una hipertrofia de la fantasía ligada a la *acedia* melancólica de la que hablábamos antes.

Y esto nos conduce hasta el *demonio meridiano*. Para Kant, este actúa en dos delicados momentos del día; después de la comida y por la noche, Atención, pues. La somnolencia de sobremesa y el sueño profundo son dos enemigos del filósofo, de los que hay que protegerse.

Para luchar contra el sopor del mediodía el remedio se llama *caminar*. En esto, Kant no resulta original. Desde los griegos, el paseo es una actividad indispensable para el filósofo. Recuerden ustedes a Sócrates conduciendo a Fedro hacia el campo ateniense; recuerden a Aristóteles o a los peripatéticos que sólo si caminaban podían reflexionar. Dime cómo deambulas y te diré qué filósofo eres... La caminata de Hobbes, gran deportista, no es la misma que la de Rousseau o la de Nietzsche. (Vasto tema que no abordaré esta tarde...) Me limitaré al paseo kantiano, paseo que debe llevarse a cabo bajo estricto control, pues no se trata de perderse *batiendo* todo el campo... Por eso se muestra Kant tan meticuloso controlando su respiración, su paso, transpiración (que intenta evitar).

Nada que ver con el paseo rousseauiano que es ocasión para el ensueño, para la experiencia fundadora, para el retorno a las fuentes del yo profundo, lejos de la ciudad y de la sociedad. Para Kant, caminar es un ejercicio de recuperación de las fuerzas mentales. Nada de perderse en ensoñaciones. Nada de vesanias. Un itinerario municipal resulta suficiente.

En cuanto al reposo y al reino de la noche, ambos tienen sus riesgos. Los sueños nocturnos son los más peligrosos. En particular, conviene desconfiar del tránsito entre la vigilia y el sueño, una vez acostados. Kant tenía su propia técnica. Repetía el nombre de Cicerón como si se tratara de un *mantra*.¹ Anegándose en la inconsciencia como en una nada salvadora, Kant no hablará nunca de sus sueños.

Si dormir equivale a vaciar el pensamiento, hay que prestar atención al despertar, ya que el retorno a la atmósfera humana también tiene trampa. En esa hora incierta, algunos pretenden producir lo mejor de su inspiración, Descartes amaba las mañanas feraces y el vagabundeo de los pensamientos, ¡Bagatelas para un kantiano! Es necesario arrancarse del sueño como se arranca una mala hierba, salir de un solo golpe y, en cinco minutos, sentarse frente a la mesa de trabajo.

¹ Mantra: fórmula ritual del budismo que facilita la meditación.

SUDOR, SALIVA, ESPERMA

GOTAS DE CEREBRO

Hay que preservar los propios fluidos. Hay que retenerse. Cada gota de nuestros preciosos humores es una parte de nuestra fuerza vital. Todo derramamiento constituye un desperdicio de energía, El kantismo elabora la utopía de la carne: vivir en circuito cerrado limitando los intercambios al mínimo.

Vamos a considerar, uno a uno, estos fluidos, observando cómo se aplica sobre ellos el régimen kantiano.

En primer lugar, debemos preservar el sudor.

Los testimonios son unánimes. Kant no sudaba o lo hacía lo menos posible. Jachmann lo cuenta: *Durante el verano caminaba muy lentamente para evitar la transpiración.* Wasianski confirma: Ni de noche ni de día transpiraba Kant. [...] *La ropa ligera, ya mencionada, que le permitía moverse con soltura al aire libre, no podía, sin embargo, evitar por completo el verano. Kant pretendía eliminarla permaneciendo como a la espera, hasta que el sudor desaparecía. Si en el transcurso de una cálida noche de verano descubría sobre su cuerpo el mejor rastro de aquél, comentaba este pequeño*

acontecimiento concediéndole la importancia de un desagradable incidente.'

Conviene además guardar la saliva.

Escupir es dilapidar. Este precioso fluido, aunque desprestigiado, tiene las virtudes de un medicamento. Por ejemplo, nos podemos servir de la saliva para facilitar la digestión: *Un beneficio accesorio a la costumbre de respirar con la boca permanentemente cerrada, cuando a solas con uno mismo no se necesita hablar con nadie, es el que proporciona la saliva que, continuamente secretada, humedece la garganta actuando como digestivo y, muy posiblemente al ser tragada, también como laxante. Siempre que se esté firmemente decidido a no desperdiciarla siguiendo pésimos hábitos.* ²

También puede emplearse contra la tos, para aplacar el picor de laringe. Es preciso entonces, a partir de una técnica desarrollada por Kant, *desviar por completo la atención de esta excitación, dirigiéndola hacia cualquier otro objeto.*³ (Esta administración de la saliva tiene consecuencias sobre el amor. Aunque Kant no lo mencione, puede deducirse fácilmente que la práctica del beso húmedo resulta nociva para la salud en razón del gasto excesivo de saliva que provoca. Por otra parte, en el caso de los romanos, el verdadero beso amoroso, que posibilita la fusión de dos seres, es necesariamente seco. Se trataría de un intercambio de *pneuma*, no de saliva.) ⁴

¹ Kant *intime*, p. 47,73,

² *La disputa de las facultades*.

³ Botul simplifica una compleja técnica. Es verdad que la explicación de Kant no resulta clara: *La saliva, producida por la propia excitación, impedía el efecto, a saber, la expiración, obligando a tragar el húmedo elemento*. Resumiendo el contenido de este difícil fragmento, diremos que para cortar la tos habría, primero, que evitar inspirar y expirar por la boca; segundo, dejar que la saliva se acumule; y tercero, tragarla,

⁴ Pasaje omitido por Botul durante su conferencia.

*

* *

Es evidente, por último, que es necesario preservar el esperma. Malgastado es desperdiciar energía vital. Cada eyaculación acorta nuestra existencia. ¿Para qué diseminarse? ¿Por qué abreviar nuestros días? Alcanzar una edad proveya era una de las obsesiones de Kant, que consignaba en una lista a todos aquellos coetáneos que le precedieron en la muerte. Habiendo fallecido con ochenta años, podemos considerar cumplido su objetivo, Kant entendía que cada relación sexual constituía un suicidio. *Difícilmente podrá probarse que personas longevas hayan estado casadas la mayor parte de su vida.* Además de los tormentos del matrimonio, de los que ya hablamos ayer, el gasto espermático del coito no es ajeno a un prematuro debilitamiento. *Los ancianos, solteros o viudos desde su juventud, conservan por lo general cierto aire juvenil durante más tiempo que los casados, lo que parecería anunciar una mayor duración de la vida,* escribió Kant con setenta y cuatro años.

Todo esto, claro está, referido a aquellos a los que el deber obligaría a emplear su preciosa semilla, pero, ¿qué pasa con los solteros? Plantear una cuestión semejante conlleva examinar el delicado problema de la masturbación.

DE LA MANCILLA SOBRE UNO MISMO

Todo derroche es una falta. En el caso de la masturbación nos hallamos próximos a lo inmundo. Ya nos e trata de un problema de salud, sino de la propia salvación. Tal inmundicia es impronunciable. *Sólo mencionar nombre un vicio semejante resulta*

inmoral, escribió Kant en un en el que no aparece la palabra masturbación ni una sola vez; tal vez el violento horror que le inspiraba el término.¹

La conducta de esta falta, que Kant considera más grave que el suicidio, concierne particularmente al adolescente al que conviene poner en guardia: *Es preciso presentársela en todo lo que tiene de repugnante (in ihren ganzen Abscheulichkeit), confirmarle que, con semejante proceder, queda incapacitado para la propagación de la especie; que, por su culpa, sus propias energías psíquicas estarán condenadas al anonadamiento; que se prepara una ancianidad precoz; que verá resentirse su inteligencia, etc. Por medio de una ocupación cualquiera o permaneciendo en la cama el tiempo estrictamente necesario para el sueño, se pueden eliminar los impulsos que a ella conducen; es preciso rechazarlos mediante actividades, pues si perdura el objeto, aunque sea en la imaginación, no cesarán de erosionar la energía vital.* ²

Y si fuera necesario elegir entre la masturbación y *la unión con una persona de otro sexo*, ninguna duda; *la última (opción) es seguramente la mejor.*³ Antes que masturbarse, mejor la prostituta.

[...]

El tabú kantiano acerca de la masturbación es coherente con su teoría de la imaginación: *La voluptuosidad es contraria a la naturaleza cuando el hombre no resulta estimulado por el objeto real sino por la representación imaginaria de éste*, podemos leer en ese mismo fragmento de la *Doctrina de la virtud*. Diógenes y los cínicos, que ensalzaron la masturbación en caso de necesidad, no supieron ver que

¹ *Doctrina de la virtud, Metafísica de las costumbres, 2a parte. Doctrina de la virtud, 7*

² *Reflexiones en torno a la educación.*

³ *Ibidem.* En *Histoire d'une grande peur, la masturbation* (Les Empêcheurs de penser en rond, 1898) Jean Stengers y Ann van Neek señalan que es en la Alemania del XVIII donde *la disciplina pedagógica alcanzó, en materia de masturbación, el mayor refinamiento.*

práctica no es tan solitaria como pudiera parecerlo, ni resulta tan *natural*. Al contrario de lo que pudiera parecer no nos libra ni del artificio ni de las fantasmagorías. El masturbador construye situaciones; evoca la imagen de un ser deseable. Creyendo purgarse de un exceso de humor no hace sino saturar su espíritu de fantasmas.

Quizás les sorprenda al afirmar que semejante teoría kantiana me parece muy moderna.

Es verdad que el pánico a la masturbación hoy nos ha abandonado. Aunque puede que sea tan sólo quizás una cuestión de palabras. Cuando, en la actualidad, oigo hablar de cocainómanos o de opiómanos, no puedo evitar recordar el artículo referido al masturbador recogido en el *Diccionario de Ciencias Médicas*, que apareció a finales del siglo XIX: *Ese joven se encontraba en el más absoluto marasmo; su mirada estaba completamente apagada [...] Tenía la piel terrosa, la lengua vacilante, los ojos hundidos, todos los dientes desencarnados, las encías cubiertas de úlceras anunciando una degeneración escorbútica. Para alguien así, la muerte no podía ser sino el gozoso final para tan largos sufrimientos. ¡He aquí el efecto de la masturbación! ¿No creeríamos estar leyendo el retrato de un joven drogadicto de hoy mismo? ¿No es, en el fondo, el mismo miedo el que nos angustia con un siglo de distancia; la misma infinitud de la necesidad jamás saciada; la misma soledad; la misma autarquía del joven repentinamente inaccesible a todos, alejado de los suyos, cerrado a cal y canto?*

ESPERMA y PNEUMA

Kant se mantiene fiel a lo mejor de nuestra tradición *pneumática*. Pero ¿qué es el *pneuma*?

El *pneuma* es el espíritu, el hálito que circula por la sangre bajo la forma de *espíritus*

animales, y también por el esperma. En consecuencia, todo gasto de esperma es gasto de *pneuma*; toda energía *copulatoria* se le resta al *pensamiento*. Porque ¿qué es el cerebro sino médula? Y ¿qué es la médula sino una reserva de esperma? Hablando de Pitágoras, Diógenes Laercio calificó al esperma como *gotas de cerebro*. Activando su sexo el hombre arriesga la piel; más exactamente, pone en peligro su médula, es decir, su cerebro. Platón nos puso sobre aviso: *Es en la médula donde las ligaduras de la vida con las que el alma se encadena al cuerpo vienen a unirse, para afirmar a la especie mortal.* ¹

Preservar el esperma supone mantenerse como una planta, erguido hacia el cielo según el eje sexo/columna/cerebro. La continencia nos mantiene derechos. La incontinencia nos desarraiga y nos vence. Aquellos que agotan su sustancia medular sufren de dolor de espalda. Así, se conoce como consunción dorsal o *tabes dorsalis* a la dilapidación de energía debida a una excesiva emisión seminal.²

[...]

Podría pensarse que una acumulación de esperma tiene que resultar perjudicial para la salud; que aquél puede corromperse como la *mala sangre*. Tissot consideraba, por el contrario, que gracias a la castidad, el esperma es *reabsorbido* por la sangre, se *estimula*, *la nutrición es más completa y el resto de funciones se realiza de una manera más perfecta*. Preservar el esperma equivale a tomar un baño perpetuo en la fuente de

¹ Platón, *Timeo*, 73, b

² Charles-André Vandermonde, *Dictionnaire portatif de santé*. 1760, en la entrada correspondiente a *tabes dorsalis*: *La causa de esta dolencia es un agotamiento producido por una excesiva evacuación de semen, como puede observarse en los jóvenes maridos y en los libertinos cuando alcanzan la pubertad, y, generalmente, en todos aquellos que hacen un desmesurado uso de las mujeres.*

la juventud. Como afirmaba en el siglo XVII el médico, François-Mercure van Helmont: *Si el semen no es expulsado se convierte en fuerza espiritual*. Kant opina lo mismo. Los humores se reciclan. Lejos de emponzoñarnos, nos vivifican; incluso los más simples. Saliva, sudor, semen: es preciso preservarlos. Podemos así alcanzar los mayores éxitos. Preservar el esperma mejora la voz, esto es bien conocido. En Roma se aconsejaba a los oradores que se abstuvieran de hacer el amor la víspera de un certamen de elocuencia, de algún juicio o de una asamblea política. Además, ¿qué es la filosofía, sino el encuentro cotidiano con el pensamiento ajeno, la permanente argumentación? Para escribir la *Crítica de la razón pura* un poco cada día, se necesita tanta energía como para un certamen de elocuencia. ¡Cómo puede pensarse en hacer el amor la víspera!

*

* *

LA COSA EN SÍ AL DESNUDO

LO SUBLIME Y LO OBSCENO

Cuando se le reprocha a Kant su tranquila existencia, se le está echando en cara el no haber sufrido *crisis*. Un hombre que no experimenta crisis alguna ¿merece tal nombre? ¿Qué clase de filósofo sería aquel que no hubiera sufrido una revolución interior, ese giro vital en el que se impone la causa de la *Verdad*? Los griegos denominaron *épistrophé*, como los católicos *conversio*, al instante en el que el ser experimenta un giro de ciento ochenta grados bajo la borrasca del espíritu. La Historia de la filosofía relata la conversión de Agustín en el jardín de Milán, la conversión nocturna de Descartes en su cuarto caldeado, la de Jean-Jacques Rousseau en el camino de Vincennes, la de Nietzsche en la senda de Sils-Maria.¹

¹ Cuenta Agustín haberse convertido al cristianismo, leyendo el Evangelio en un jardín de Milán. Rousseau experimentó la revelación de su *Discurso sobre el origen de la desigualdad* al sufrir una insolación en ruta hacia el castillo de Vincennes; Descartes, el despertar de su filosofía en el curso de la noche pasada en una habitación en los alrededores de Ulm. A Nietzsche le fue revelado *el eterno retorno* a orillas del lago de Sils-Maria, en los Grisones.

Pero ¿qué crisis sufrió Kant? No hay rastro alguno de ella. El fundador de la filosofía crítica no habría experimentado ningún momento crítico... ¡Menuda paradoja!

Aunque esta no es una visión muy exacta.

Kant habló largamente de la crisis existencial que, en ocasiones, sacude al individuo, denominando la experiencia de estas instancias privilegiadas, *lo sublime*. Pero ¿cómo surge lo sublime (*das Erhabene*)? Pues, surge cuando somos abrumados, pulverizados en presencia de algo que nos sobrepasa. Ya no existimos más. La experiencia de lo trascendente no divino constituye una pequeña muerte...

Kant ofrece los siguientes ejemplos:

Roquedos que amenazan con desplomarse, nubes de tormenta arracimándose en el cielo y avanzando entre rayos y truenos, volcanes que ponen de manifiesto todo su poder destructivo, huracanes que siembran a su paso la desolación, el inmenso océano agitado por la tempestad, la catarata de un gran río, etc. ¹

Lo más destacable de la mención de estos fenómenos naturales es que Kant no los ha contemplado jamás. ¿Dónde, durante toda su vida, pudo contemplar una sola vez volcanes, huracanes, o al inmenso océano agitado por la tempestad, aquel que no llegó nunca a navegar por el Báltico?

Debemos pues inclinarnos por algún tipo de experiencia íntima que trastornara su existencia.

Das Erhabene es una noción cardinal, un concepto *guía* dentro del kantismo, que se define en relación con el concepto de lo bello. La oposición bello/sublime estructura el universo de Kant, de la misma manera que las dicotomías crudo/cocido, duro/blando, seco/húmedo, etc., ordenan el universo de las tribus salvajes. Nadie perderá su rumbo por la selva kantiana, aparejado con esta brújula bipolar de lo bello y lo sublime.

¹ *Crítica del Juicio*, 28

Existen varias manifestaciones de lo sublime. Acabamos de ver varios ejemplos de la naturaleza. Pero también está lo sublime humano y, dentro de este ámbito, lo sublime sexual: la visión del sexo y, más concretamente, del sexo femenino: la visión de la vulva. Volcán, tormenta, poder devastador. Todo está ahí, en ruta hacia el espanto.

Recordemos a la diosa Deméter llorando la desaparición de su hija Perséfone. Abatida, observa llegar a la vieja Baubo que levanta sus vestidos mostrándole la vulva. Este espectáculo sacude a la madre dolorida. Cambio de humor. Lo sublime tiene poder transformador.

Entre sus diversas manifestaciones hay que mencionar la más, compleja, la de *lo obsceno*, que pertenece al orden de lo sagrado y de lo horrible, una ambivalencia que se fundamenta en su capacidad de atracción y repudio.

Observamos el espectáculo pornográfico en las mismas condiciones que el espectáculo sublime; con total seguridad. Espectadores protegidos, mirones acomodados.

Inversamente, lo sublime natural -el de los elementos desatados- puede tener efectos sexuales. En *Las tribulaciones del joven Werther* cuenta Goethe cómo la tormenta y el trueno producían en las damas que frecuentaban un *salón* -estamos a finales del siglo XVIII- formidables efectos: desmayos, gritos, suspiros. Estas mujeres temen el anonadamiento, pero también lo desean. La tormenta es una promesa de muerte pequeña. En algunas ocasiones, en casa de algunas mujeres he observado idéntico temor a la electricidad.

Como lo sublime, lo obsceno anuncia la pérdida de uno mismo. Lo sublime se opone a lo bello, no como el ser al parecer sino como el desaparecer al aparecer.

[...]

Un recurso contra esta pérdida consiste en construirse una máscara. Los filósofos llaman a tal disfraz, *sistema*, a cuya elaboración consagran la vida. Todos los filósofos que han elaborado sistemas han vivido con un sentimiento de fragilidad y precariedad. Spinoza, Kant, Hegel, siendo socialmente *nada*, necesitaban unas paredes y techo, una coraza de conceptos.

[...]

LA VERDAD SIN TAPUJOS

Toda presentación de Kant comienza por la distinción entre *nóumeno* y fenómeno. Hora es ya de hablar de ellos y, muy particularmente, de esta *cosa en sí, das Ding an sich*, la cosa como realmente es, a la que Kant llama *nóumeno*, que tiene existencia, pero de la que nada podemos probar. ¡Curiosa teoría del conocimiento! Como si la ciencia tuviera algo que ver con *cosas*, con objetos permanentes, estables. La ciencia moderna no estudia *cosas* aisladas sino relaciones, flujos, campos, sistemas. En el *nóumeno* kantiano se aprecia un sorprendente fetichismo de la *cosa*.

[...]

La cosa es el sexo. Esto resulta evidente. No *podemos* conocer la cosa en sí, nos advierte Kant; no somos capaces de ello pero, sobre todo, no estamos autorizados a ello. Hay moral y deseo en esta historia: Confundir *aparición* y *fenómeno* es *cometer una falta*, escribió Kant *Crítica de la razón pura*. ¿Qué vendría a hacer aquí el sino a confirmar que la teoría del conocimiento es inseparable de la conducta de la razón? Ser culpable de metafísica es peor; constituye una falta. Y hay falta porque hay deseo: deseamos ver la cosa tal como es, Esta pulsión (*Trieb*), esta manera de levantarle la falda a la Realidad es una obsesión del filósofo. La *crítica* constituye una terapia

desarrollada por el Kant para embridar -ya que no hay posibilidad de - este anhelo de *voyeur*.

Ahora bien, el velo que se despliega ante la *cosa* no es forzosamente el culmen del erotismo. Kant nos permite entrever la verdad con un juego que Nietzsche resumió acertadamente: *No creer que la verdad sea verdad sin sus velos*.¹

Este deseo *voyeur* de saber, siempre frustrado, es el que estimulaba a los sabios del pasado siglo que, con fruición, representaban su papel de ascetas en la vida profesional. Nada de mujeres en el laboratorio o en la facultad, nada de sexo. Nada, salvo la Verdad.

Conocido es el reverso de este tipo de ascetismo: el burdel. La Verdad, a la que querría hallarse en completa desnudez mediante la experiencia y la especulación, es finalmente contemplada entre las piernas de una prostituta, profesional de *la cosa en sí*. Por otra parte, nuestros ancestros terminaron revelando su secreto. Contemplan la decoración de sus facultades, de sus anfiteatros. Por todas partes, sobre las paredes, en los techos, mujeres desnudas o en paños menores. Las musas, ninfas y diosas desnudas de los frescos de la Sorbona, salen directamente del salón de un burdel. El artista se ha limitado a depilar *la cosa en sí* de estas muchachas, rebautizadas para la ocasión Virtud, pero que en su vida civil se llaman Mimí, Lulú, Kiki, o Fernanda.

El filósofo kantiano es un cliente peculiar: paga por la *cosa*, pero se abstiene de tocar.

¹ *La gaya ciencia*.

COITO ERGO SUM

Nuestro filósofo tiene un problema con la reproducción de la especie. Aquello que evita no es tanto el sexo como su consecuencia, es decir, la proliferación de lo humano, esa ciega voluntad de perseverar en el ser; lo que Schopenhauer llamaba *la Voluntad* (con mayúscula); ese furor por perpetuarnos que sobrepasa nuestras voluntades y pulsiones individuales. [Lo que resulta desagradable es el *conatus*, al que me atrevería a llamar *cunnatus*].¹

Toda especie viva desea proliferar, y la humanidad no escapa a esto. Pero, en tanto que individuos, por una especie de milagro, podemos declararnos objetores. Así, se llama castidad a lo que, no tanto niega el placer, cuando la reproducción.

Provenga del intelecto o del bajo vientre, un placer vale como cualquier otro, Pero el sexo tiene de particular que empuja al individuo en provecho de la especie. Tapamos nuestros otros oídos para no escuchar, más allá de los discursos amorosos y de nuestros más refinados romances, como un bajo continuo, el vagido de la Vida que reclama su pago.

¹ Término compuesto por *conatus* (esfuerzo por perseverar en el ser) y *cunnus* (sexo femenino). Botul suprimió la frase durante su conferencia.

Durante el coito, uno se rebaja hasta la animalidad no porque experimente placer sino porque obedece al instinto de reproducción.

Aunque existe un medio para escapar a este triste destino: la filosofía.

Si la mayor parte de los filósofos se mantuvo en la soltería fue por testimoniar que el fin último de la humanidad no es reproducirse. No somos perros ni paramecios; no somos conejos. La filosofía es la constatación de que existe una manera no sexual de perpetuarse; las herencias filosóficas ignoran los genes.

Ahora me toca describir los extraordinarios medios por los que se reproducen los filósofos. No penetran, se retiran, y esta retirada tiene un nombre: melancolía.

A la melancolía se la puede definir como enfermedad de la soledad. El atrabiliario se pone voluntariamente al margen. Entonces: se produce el milagro de la vida contemplativa. En lo más profundo de la soledad se establecen miles de relaciones. La limitación se transforma en fuerza. La enfermedad que aísla deviene enfermedad que religa. Los melancólicos, emponzoñados por la bilis negra, se reconocen en la gran familia de los adeptos de Saturno, de *consteladas liras*.¹

Surge así un cuerpo colectivo que desafía al tiempo. Perteneciente a semejante linaje, los filósofos se reproducen entre ellos, por complicados medios denominados, filiación, agregación o amistad.

¹ Alusión al poema de Gérard de Nerval *El Desdichado*:

Je suis le tenebreux, -le veuf, -l'inconsolé [. . .]

Ma seul étoile est morte - et mon luth constellé

Porte le soleil noir de la Mélancolie

(Soy el tenebroso, el viudo, el desconsolado [...]. Mi única *estrella* está muerta y mi constelada lira luce el *sol* negro de la *Melancolía*.)

Sus matrices se llaman, escuelas, banquetes, salones, universidades. Así se reproduce la especie, sin lazos de sangre, Filosofía supone remitirse a padres espirituales, como si fuera posible prescindir de madres. Reproducirse sin úteros pero en espíritu; sin semen pero con *pneuma*.

Es necesaria, por tanto, una raza especial de célibes y castos individuos que decidan no procrear, rechazar las dudosas alegrías del matrimonio para consagrarse a la transmisión del conocimiento, es decir, a la cultura. Sin este género de individuos, la humanidad se reduciría a un vil rebaño sin otra memoria que la genética; una especie animal entre otras, una simple voluntad colectiva de perseverar en el ser y de proliferar.

Así es como hay que responder a la objeción cardinal que se planteaba al comienzo de estas charlas; sí, Kant puede permanecer soltero sin entrar en contradicción con su propia moral. Su celibato no amenaza la reproducción de la especie, al contrario, su filosofía aporta a la humanidad simiente espiritual. El único humor fecundante es la tinta, ese sucedáneo de la bilis negra. Leer o escribir son gestos elementales del filósofo, hombre de biblioteca. El libro es un organismo vivo que engendra a sus semejantes –otros libros- bajo la forma de comentarios perdurables y de enriquecedoras interpretaciones.

De esta manera administran los filósofos su bilis negra, de esta manera escapan a la melancolía y contribuyen a la propagación la especie. No se les pida nada más. Y sobre todo, no se les pida casarse o tener hijos.

Los HIJOS DE KANT

Queda así planteada la cuestión de las condiciones de posibilidad de una posteridad kantiana.

Lo que debemos preguntarnos ahora es cómo será capaz el kantismo de generar sucesores.

Para empezar habría que distinguir entre dos clases de filósofos; los solitarios y los comunitarios. Los que mueren sin descendencia –hablo en términos del espíritu y no de la carne- y los que fundan escuelas. Dentro de esta fecunda categoría, se habla de platónicos, de marxistas –también podríamos perfectamente decir platonistas y marxianos- indicando tales adjetivos que nos encontramos ante un movimiento, ante un partido, que la teoría ha engendrado, que ha sembrado y recogido generaciones de fieles. Efectivamente, existe un *movimiento* marxista, una *academia* platónica...pero carecemos de *escuela* nietzscheana, de *partido* schopenhaueriano o de *internacional* spinozista, como si Nietzsche, Schopenhauer o Spinoza al tiempo punto de partida y de llegada, caballeros andantes de la filosofía que no dejaran tras ellos familia espiritual alguna, los últimos brotes que clausuraran la filiación de los melancólicos. Un examen atento de su obra desvelaría, sin duda, el germen espermicida que convierte en estéril su *pneuma*. Pero este análisis nos apartaría de nuestro objeto, es decir, de Kant. ..

¿A qué categoría pertenece nuestro pensador? Sin ninguna duda, a la primera. No hay movimiento kantiano. Immanuel no está en el origen de escuela alguna. Cierto es que se le continúa leyendo, comentando, editando, y que esta esterilidad es relativa, aunque finalmente no produzca retoño alguno. Pero ¿podríamos, a pesar de todo esto, fundar una comunidad kantiana inspirada en sus principios? Esta es la pregunta a la que les invito a responder.

Acabo de afirmar que el kantismo es un arte de vivir. Pero ¿es tan solo un conjunto de recetas que basta con aplicar, una pipa a las seis de la mañana o un paseo diario tras la comida? Esto sería contradictorio con la esencia del kantismo.

Analicemos la impuesta soledad de la caminata kantiana. Tan sólo podría tolerarse en tiempo lluvioso la presencia de un doméstico -un Lampe o un *lampista* cualquiera- para que sostuviera el paraguas... ¡Pero sin conversación! Prohibidos los paseos a dúo o para varios... En lo referente a las comidas, como el número de invitados no podía exceder de siete, se explica que el banquete, en cuyo seno tuvo la filosofía su

nacimiento, nada tuviera que hacer dentro del kantismo práctico. Se entiende así que Kant no pudiera crear, a partir de su persona, ni círculo ni descendencia.

Pero es necesario ir más lejos. Tengo que decirles que pretender vivir como Kant resultaría peligroso. Sería preciso poseer su temple, ser un héroe como él, lo que no está al alcance de un simple mortal. Mañana les explicaré el porqué.

EL DÍA Y LA NOCHE

Accedía Kant al reino de la noche con infinitas precauciones: *Primero se sentaba sobre la cama y se metía dentro. Deslizaba después un extremo de la sábana por encima de su hombro, por la espalda, hasta el otro hombro, y de nuevo yo él hasta tapar su vientre. Empaquetado en el interior de un capullo, aguardaba el sueño.*¹ Empaquetado en el interior de un capullo o con una camisa de fuerza...como esos adolescentes a los que se les impedía masturbarse en los pensionados de la época, aunque en el caso de Kant de manera voluntaria; atado de pies y manos.

Kant es una bomba que el mismo impide explotar. ¿Qué ocurriría si un genio malvado viniera a profanar el sarcófago; si, mientras aguarda la llegada del sueño, el filósofo no lo sintiera llegar? Los insomnios de Kant engendran los monstruos de la razón.

Todos ustedes conocen esas galletas chinas que esconden mensajes en su interior. Si se rompiera la cápsula kantiana, ¿qué tipo de mensaje encontraríamos dentro? Sin ninguna duda, escenarios de horror. Lejos de mí, la intención de profanar la alta figura

¹ Wasianski, op.cit. p. 70

Que nos reúne. Tan sólo pretendo entregarme a una experiencia de pensamiento. Entre nosotros, esta tarde, en nuestro ámbito cerrado y durante unos breves instantes, querría cultivar, como el biólogo en el laboratorio, los gérmenes mórbidos del kantismo. Eso sí, permanezcan en calma, el más leve incidente durante su manipulación amenaza con contaminar el planeta entero. (*Risas nerviosas en la sala.*)

Nos encontramos en la casa del filósofo, situada en la calle Prinzessinnen. La ciudad de Königsberg duerme. Con todo cuidado, el hombre se libera de su lecho capsular, se viste, baja la escalera con paso sigiloso para no despertar a su doméstico, y sale pegado a las paredes. Se precipita en la noche, e inicia su periplo siguiendo un itinerario invariable. Búhos y lechuzas están habituados a ver pasar la misma silueta a idéntica hora. Sobre un banco público, siempre el mismo, el paseante se sienta como agitado por la náusea. Piensa: *Dos cosas me colman de un permanente disgusto: el delirio en el fondo de mi corazón y la negra noche por encima de mi cabeza* 1. Considera la existencia con desgana, no en razón de este o el otro aspecto, sino en razón de la mera existencia ordinaria, gratuita, contingente. Apunta en un cuaderno: *El odio, el tedio de existir constituyen otras tantas maneras de hacerme vivir, de anegarme en la existencia [...] mi saliva es dulzona, mi cuerpo tibio, me siento apagado [...]*²

Otras noches, sin luna, el hombre toma una dirección diferente. Golpea la puerta de una casa iluminada por una luz roja al fondo de un callejón. Es un viejo conocido. Viene a comprobar si la patrona tiene alguna chica recién llegada. Es un caso de doble vida:

1 Parodia de la célebre fórmula Kantiana: *Dos cosas colman siempre el corazón de una admiración y una veneración siempre renovadas y siempre crecientes a medida que la reflexión a ellas se liga y en ellas se aplica: la ley moral en el fondo de mi corazón y la noche estrellada por encima de mi cabeza.* Crítica de la razón práctica, conclusión.

2 Estas líneas proceden de *La Nausée* de Jean-Paul Sartre, cuyo primitivo título era *Melancholia*.

respetable filósofo de día, depravado libertino de noche.

A menos que no suceda que se incline por los muchachos... Este soltero que nunca ha tenido a una mujer en su cama, ni amante ni esposa, que vive con un criado y sin sirvienta alguna, puede que prefiera las corrupciones de la inversión. El paseo kantiano se desvía entonces hacia parques de mala fama poblados por inquietas sombras en busca de furtivos e ignominiosos encuentros.

O puede que la crueldad kantiana hacia sí mismo, ese amor enturbiado por el deber que uno se impone y que tanto daño causa, arrastre al elegante *Magister* hacia algún tenebroso encuentro en el que restalle el látigo y corra la sangre.

O que en el fondo no sea sino un dandi, y esas manías, el cuidado con el que se contempla, su absoluta originalidad, la estilización de su existencia, no sean, cuando el siglo XVIII llega a su fin, sino la premonición genial de un Brummel o un Baudelaire, esos grandes artistas melancólicos.

Es posible quizás, por último, que nuestro doble kantiano retorne a sus amores de juventud e ilumine su mente contactando con los muertos en torno a tableros mágicos. No se encontraría necesariamente en mala compañía. Los más excelsos espíritus del siglo XIX manifestaron su pasión por el magnetismo y lo paranormal; el gran Schopenhauer adoraba las sesiones de espiritismo. Por otra parte, basta con deformar ligeramente el mundo *noumenal* para establecer el reinado de otros seres pensantes, accesibles por telepatía o intermediación mediúmnica, con dimensiones distintas al tiempo y espacio terrestres. Lo *noumenal* kantiano no parece estar muy lejos de nuestra ciencia-ficción.

En fin, en una apoteosis diabólica se podría invertir punto por punto toda la moral kantiana: el *Bien* sería el *Mal*, y el *Mal*, el *Bien*. Obtendríamos, de esta manera reglas que durante este feroz siglo XX hemos conocido bien:

Mata de tal manera que tu crimen pueda servir de modelo a la humanidad entera.

O: no le contentes con desear acabar con todo el mundo; actúa de manera que todo el mundo quiera acabar con todo el mundo.

O aún más: asesina de tal forma que tu crimen pueda aplicarse a la humanidad entera.

No digo que el nazismo haya tenido su origen en el kantismo; lo que sí digo es que hay en el kantismo, como en toda moral con pretensión de universalidad, un germen de perversión que basta activar para obtener el genocidio y el exterminio en masa.

O aún más...

Pero aquí pondré límite a mis tergiversaciones.

Así que vean ustedes cómo más vale que Kant permanezca estéril ¡No podría sino engendrar hijos malditos y retoños inmundos!

Abstengámonos pues de romper la cápsula del filósofo.

*

* *

EL REGRESO DE MARIE-CHARLOTTE

Filósofo del límite. Ni demasiado allá ni demasiado acá, ni rebelde ni sumiso. Vive en equilibrio ante el desequilibrio, con el riesgo permanente de una caída fatal. Demasiado honesto y demasiado regular para ser honesto.

El filósofo crítico camina por la cuerda floja entre dos abismos: el uno hacia arriba y el otro hacia abajo. Teniendo esto presente, hay que leer las tres monumentales *críticas* como la cura terapéutica de un hombre desgarrado, de un funámbulo de la razón y de la sinrazón que experimenta la llamada de lo sublime y de lo espantoso.

Espero haber conseguido mostrar cómo la sexualidad kantiana no se encuentra en su vida sino en su obra. El gran reto consiste en afrontar la *cosa en sí*.

Hace poco les señalaba cómo el kantismo abre un enorme abanico de situaciones posibles. Para concluir querría proponerles una de las menos terribles. Permítanme imaginar el regreso de Marie-Charlotte a Königsberg. (Sí, de aquella desvergonzada que *le tiraba los tejos* a Kant desde Berlín.)

Habría ocupado su lugar en casa del filósofo; no necesariamente en su cama, ni sobre el hipotético trono de una esposa.

Podría haber sido el alma del salón. Con su gracia y su espíritu habría animado la conversación haciendo hablar a aquellos señores de los asuntos más graves con el tono más alegre y menos pedante.

Habría podido burlarse afectuosamente de ese pequeño gran hombre, filósofo, que pretendía conocerlo todo de las costumbres de los calmucos, del pararrayos y de los orígenes de nuestra galaxia. Habría dulcificado al Kant que no soportaba la contradicción.

Una mujer culta de XVIII sabía hacer esto.

Habría podido hacerle comprender que no se posee la *Verdad*, como no se posee a una mujer.

Habría podido...

Señoras y señores, agradezco su atención.

FIN

NOTA BIOGRÁFICA

La vida de Jean-Baptiste Botul no es muy conocida. Tan sólo las fechas de nacimiento y muerte se consideran ciertas.

1896 Nace en Lairière (Aude) el 15 de agosto.

1904 Conoce a Baden-Powell.

1914 Para escapar a la movilización, Botul se refugia en Argentina.

1917 Enviado por el gobierno francés en misión al islote de Clipperton, encuentra en México a Zapata y a Pancho Villa.

1920 Breve relación con la princesa María Bonaparte.

1930 Correspondencia amorosa con Lou-Andreas Salomé.

1934 Probable en con Stephan Zweig.

1938 Conferencia en Pittsburgh (EEUU) titulada "El arte de la disputa". Encuentro con Malraux, del que será ayuda de campo participando en la liberación de Alsacia.

1945 Disputa con Jean Cocteau. Conferencias en Nueva Königsberg.

15 de agosto de 1947 Muere' en Lairière entre la indiferencia general.

-

De tradición oral, Botul no ha dejado ningún escrito filosófico. Tan sólo contamos con transcripciones de sus conferencias y de algunos dichos y ocurrencias. La Asociación de Amigos de Jean-Baptiste Botul trabaja por la rehabilitación de este filósofo injustamente olvidado.